

EB.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N° 361

25 cts



El
Caballero
"Vértigo"

por

Luciano
Albertini

FilmoTeca
de Catalunya



OBAL, Max

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

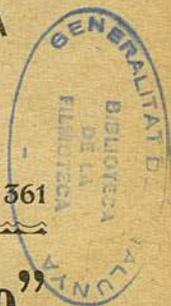
EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración { Teléfono 2717 A

Año VII

BARCELONA

N.º 361



El Caballero "Vértigo"

(DER GRÖSSTE GAUWER DES JAHRUNDERTS, 1927)

Interesante comedia de aventuras
interpretada por

MANS MIERENDOF, MANS ALBERS,

LUCIANO ALBERTINI

HUGO FISCHER, GRETA LEY, VIVIAN GIBSON,
etc.

PRODUCCIÓN AAFA

Exclusiva de

Príncipe Films, S. L^{da}

Aldamar, 7 y 9. - SAN SEBASTIAN
Aragón, 249. - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de
SUZY VERNON

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badía — Dr. Dou, 14 — La Ceca



EL CABALLERO "VÉRTIGO"

Argumento de la película

Alberto Dorna era un hombre de negocios muy inteligente que ganaba mucho dinero en Bolsa, pero su pasión por el juego le conducía, con pasos agigantados de un tiempo a aquella parte, hacia la ruina.

Le encontramos en su despacho, preocupadísimo, pues la víspera había perdido, tirándole de la oreja a Jorge, una fuerte suma, para responder del pago de la cual extendió a su acreedor un recibo en regla, pagadero dentro de las veinticuatro horas legales.

El abatimiento de don Alberto obedecía a la espera de su acreedor, Aristides Trazyopolus, un sujeto de dudosa moralidad, vestido a lo gran señor, por lo que pasaba por una persona de bien.

Muy zalamero, Aristides suplicó a don Alberto, apenas llegado, el pago del recibo, que ascendía a trescientas mil liras, y sufrió un desencanto al decirle aquél:

—Ruégole aplace por unos días la cancelación de esa cuenta... Una imprevista baja de valores me tiene un poco desequilibrado económicamente.

—Bien... bien... Esperaré... No se preocupe... Es más: le ofrezco la revancha para esta noche, a ver si logra usted resarcirse de pérdidas anteriores. ¿Le parece bien?

—No tengo inconveniente... Muchas gracias... Y no me detengo ahora más con usted porque he de ir a la estación a esperar a mi sobrina Liana, que llega a las tres, según me informa ella misma en un telegrama que he recibido esta mañana.

—Abajo está mi coche. Puedo llevar a usted en él.

—No quisiera molestarle...

—Al contrario, señor Dorna... Es un placer...

Aristides había ofrecido la revancha al desgraciado jugador, convencido de que le arruinaría completamente, apropiándose entonces todo lo que tuviese...

En cuanto a la invitación que generosamente le hizo para acompañarle a la estación,

obedecía a su deseo de conocer a la sobrina que llegaba a la gran ciudad. Mujeriego empedernido, sacaría provecho, si era bella, de su relación con el tío para relacionarse con ella.

La estación presentaba inusitado aspecto con motivo de la marcha del campeón de baile Gino Gadari, un simpático soñador, a quien, por su movimiento continuo, sus amigos y admiradores apodaron *El Caballero "Vértigo"*.

Como todas las figuras preeminentes, Gino tenía un secretario, y éste, para no hacer sombra a su superior, era su antítesis, o sea, que lo que tenía de inquieto Gino, en Oscar, que así se llamaba el secretario, era plomo.

Un grupo de lindas alumnas y admiradoras acudió a despedir al campeón, regalándole flores y una corona de laurel con una cariñosa dedicatoria que decía así:

A Gino Gadari
 Recuerdo de las
 Bailarinas
 del
 Casino
 1928

El motivo de la partida de Gino no era otro que su afán de verse libre de aventuras en su ciudad natal, donde era tan popular, que no podía dar un paso sin que se tropezara con alguna mujer dispuesta a compartir su vida con él, comiendo pan y cebolla, o a quitársela si no le hacía caso.

¡Claro, como los bailarines están de moda!

Tanta mujer le tenía mareado. Gino no era partidario de que ellas se enamorasen de él, sino él de ellas.

Momentos antes de pitar el tren anunciando la marcha, el secretario, viendo lo tristes que quedaban las bailarinas del Casino, dijo a Gino, con reproche y comiéndose con los ojos a una de las ninfas:

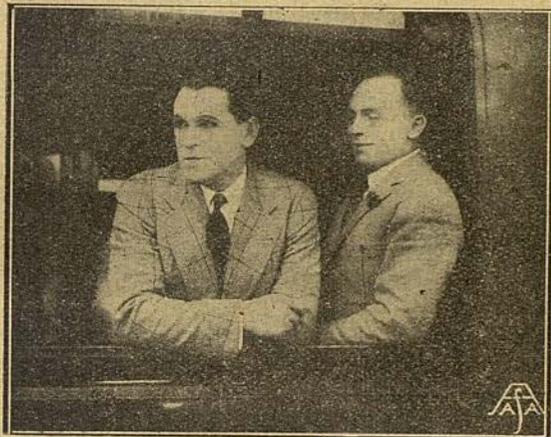
—Es una lástima que nos marchemos... Esas chiquillas son una monada... No tendrías más que escoger... y vivirías como en el Paraíso. ¡Chico, qué morenaza!

—No me hables de Rusia, Oscar, que quiero vivir tranquilo. Por ser muchas las que me quieren a mí es por lo que yo no quiero a ninguna. ¿Has comprendido?

—Me parece que no.

En aquellos instantes, cuando el tren se disponía a partir, Gino vió en el andén, esperando a alguien, a una mujer colosal, piramidal, estependa, macanuda, maravillosa. En un san-

tiamén se olvidó de sus anhelos de prescindir por algún tiempo de aventuras amorosas, y dijo a Oscar, dándole un formidable golpe en la espalda, que por poco lo tumba al suelo completamente knock-out:



—Es una lástima que nos marchemos.

—¡Mi madre, la caraba en salsa mayonesa! Y sin encomendarse ni al Santo de su devoción saltó del tren, por la parte trasera, mientras se ponía en marcha, y después de haber atado a la ventanilla de su vagón un pa-

ñuelo para fingir que se despedía de sus admiradores hasta perderlos de vista.

Oscar quedó más parado que nunca ante el insólito arranque de locura de su amigo, y mientras se preguntaba qué debía hacer, Gino, muy decidido, se acercaba a la mujer despampanante que le inspirara la brusca anulación del viaje.

— Buenas tardes, señorita... Usted espera a alguien ¿verdad? No soy yo, ciertamente, pero muy gustoso me pongo a su disposición, y, conmigo, mi coche.

La espléndida mujer, desconcertada, no supo negarse, creyendo tal vez que Gino había sido enviado a recibirla por su tío, y al embragar él el automóvil se oyeron gritos detrás del coche.

La señorita se volvió y reconoció en el que más gritaba a su tío, don Alberto, a quien acompañaba Aristides.

Habían llegado con un poco de retraso y se cruzaron en la entrada y salida del andén con Liana, pues ésta era la hermosa mujer de la que se había prendado irresistiblemente Gino.

— ¡Pare, pare! — dijo Liana al osado desconocido, a cuyo lado se hallaba sentada.

Gino se guardó bien de hacerlo, resuelto a seguir la aventura hasta conducir a su casa a la encantadora Liana, cuyo nombre sabía

ya por haberse oído gritar a su tío; y en vista de que el atrevido no se detenía, y temeroso de que le pudiera suceder algo desagradable a su sobrina, don Alberto con Aristides alquiló un taxi y ordenó al chofer que siguiese al coche en que iban Liana y Gino.

— ¿Qué intenciones tendrá ese hombre con mi sobrina? — decía, furioso, don Alberto.

— ¿Qué hará con mi automóvil ese imbécil? — resoplaba Aristides.

En el coche, comprendiendo que Gino era un fresco de pronóstico reservado, Liana gesticulaba, exigiéndole que se detuviese, para apearse y reunirse con su tío.

— ¡Cuidado a la derecha, señorita! — le respondió tranquilamente Gino.

— Bueno, pero pare...

— ¡Qué obediente es usted! Yo también quisiera serlo, pero no puedo... Por estar a su lado daría mi vida...

— Pero ¿adónde se ha propuesto usted llevarme? ¡Llamaré a la policía!

— ¡Jesús, qué escándalo por tan poca cosa! La llevo a su casa, a la dirección que usted me dió.

— Acelere la marcha.

— No es posible aumentarla más. No creo que le interese a usted tener tratos con la policía.

Liana no quiso contestar y hundióse, disgustadísima, en su asiento, volviéndole la cara al muy fresco y pensando en la que debía estar poniendo su tío y en la que ella le pondría a él en cuanto le viese en su casa.

Poco después Gino detenía el coche ante la morada de don Alberto y acompañó hasta la puerta de la misma a Liana, que siguió encerrada en agresivo mutismo.

—¡Ejem! ¡Ejem! — carraspeó Gino.

Entonces Liana, muy altiva, le dijo, con un pie ya en la casa:

—¿Espera usted, tal vez, que le diga gracias?

Gino inclinóse muy respetuosamente ante ella y replicó, sonriente:

—No, señorita... Espero y le ruego me diga "hasta la vista".

—Pues ni una cosa ni otra, caballero.

Y muy nerviosa Liana desapareció definitivamente hacia el interior de la mansión.

Don Alberto y Aristides acababan de llegar en el "taxi". Al ver a Gino fueron apresuradamente a enfrentársele, para pedirle una explicación de lo ocurrido.

Pero Gino, que tenía una serenidad digna de Don Tancredo, aplacó los ánimos de ambos diciéndoles:

—No dudo que reconocerán que ha sido

una gentileza mía el acompañar a la señorita. Ustedes tardaban tanto.....

—Pero mi sobrina no le conocía a usted ni usted a ella. ¿Con qué derecho, pues, se ha



—¿Espera usted, tal vez, que le diga gracias?

atrevido a acompañarla... apoderándose de un coche que no le pertenece?

—Medita usted, señor, sobre mi acción, y estoy seguro que merecerá sus plácemes. En cuanto a usted, señor, como dueño que parece ser del *auto* que yo me permití poner a

disposición de la señorita Liana, he de darle un consejo: haga repasar su coche, pues los frenos funcionan mal y puede estrellarse.

—Y a usted ¿qué le importa? — le espetó Aristides, acaloradamente.

—Señor, no le estaría a usted de más, también, que aprendiese a ser educado.

Y tras esto Gino se separó de los dos hombres, dejándoles atónitos su singularísima frescura.

Desde luego, le dejó el coche a Aristides, pues su misión de acompañar a la mujer más bonita del mundo — según él — estaba ya cumplida.

Don Alberto y Aristides, que tenía grandes deseos de ser presentado a Liana, pues le gustaba una enormidad, casi tanto como a Gino, porque la niña lo valía, entraron en la casa, y ella no supo disimular ante ellos su disgusto, expresándolo así:

—¡Para este recibimiento no merecía la pena que le mandara un telegrama, tío Alberto!

—Me retrasé un poco, hija mía, es cierto; pero ya te explicaré lo ocurrido, aunque, sin ese entrometido de por medio, no hubiese pasado nada. La culpa no es mía solamente, Liana...

—Sí, sí, la culpa es suya completamente.

Hacia ya más de diez minutos que le esperaba a usted en la estación cuando se me presentó aquel desaprensivo sujeto.

—Lamento que, sin querer, haya sido yo, tal vez, causa del retraso de su señor tío, señorita — intervino Aristides.

Pero Liana tenía genio y era difícil calmarla cuando lo dejaba suelto.

Al corriente de ello de otras veces, don Alberto llamó en su auxilio a una hermana suya que vivía con él y cuya gordura contrastaba irónicamente con su nombre de pila, Angelita.

—La niña está como para ponerla en guayaba, hermanita. A estas horas debe estar dándose a todos los demonios en su habitación. Ve a consolarla.

Los dos hombres quedaron, pues, a solas, y don Alberto suplicó a Aristides que disculpase el nerviosismo de Liana, justificado en parte.

—Por mi no se preocupe, señor Dorna. Considéreme como de la familia. ¿Somos o no somos buenos amigos?

—Gracias, gracias...

—Supongo que tendrán ustedes muchas cosas que decirse, y, con su permiso, me retiro. Hasta la noche, para la revancha, ¿no es eso?

—Hasta luego, señor Trazimopolus.

Y el griego, o judío, o lo que se quiera, que de todo tenía un poco, aunque su especialidad eran las grantujadas, se marchó, fro-tándose las manos de satisfacción ante la perspectiva de arruinar al infortunado jugador y de enamorar a la superiorísima sobrina.

Un poco después, en la playa, una escultural bañista tomaba baños de sol ofreciendo a Febo, que se *derretía*, la tentación de sus moldeadas piernas y respectivas prolongaciones.

La Eva marina, que iba cubierta con un *maillot* en vez de la cabellera de la pecadora del Paraíso, por lo que iba más *ligerá*, tal vez, que ésta, se llamaba Fiametta y era danzarina del Hotel Miramar.

Un apasionado adorador de la sirena ondulante acechaba cualquier ocasión para ad-

mirar sus bellas formas, y descubriéndola de lejos se le acercó y la sorprendió en una *pose* muy *romántica*.

Ella le miró con desdén, y él le dijo, comiéndosela con los ojos, como Adán se comió con la boca la apetitosa manzana:

—La he conocido a usted por esas columnas que Dios le ha dado y que son capaces de vencer al más pintado Sansón.

—¡Qué poca gracia tiene usted! — respondió, malhumorada, ella.

Pero el adorador, capitán Tawil, dueño del "Tiburón", barco dedicado, principalmente, al transporte de esclavas blancas, era porfiado y siguió en sus trece, mareándose en tierra, ante la tentadora sirena, como un novato en alta mar.

En aquellos momentos llegó a presencia de Fiametta el hombre por el cual estaba allí y que era nada menos que Aristides,

Este, sin haber visto a Tawil, a quien ocultaba un parasol, saludó a la danzarina, y ésta le dijo, enojada:

—Si no hubieses tardado tanto en venir, no hubiera tenido que soportar las tonterías de ese idiota.

Aristides miró por detrás del parasol y sorprendióse gratamente al ver a Tawil.

—¡Hola, viejo pirata! — exclamó dándole

la mano—. ¿Qué mal viento te trae por aquí?

El capitán apartóse un tanto de Fiametta con Aristides y repuso:

—Vengo en busca de bailarinas... ligeritas, para América del Sur.

—¡Qué hombre! Siempre de cara al negocio.

—Los tiempos están malos, amigo mío.

—Bien, bien... Ya nos veremos...

—¿Sabe usted algo... recomendable?

—¡Quién sabe!

.....

Ante la desaparición de Gino, Oscar, su secretario, suspendió a su vez el viaje y volvióse al hotel, donde se preparaba para asistir a una fiesta, poniéndose de cuarenta y nueve botones, por si perdía alguno de los treinta y uno de rigor.

De súbito el campeón de baile entró en sus habitaciones abandonadas aquella mañana y que ocupaban a medias, por una ventana, dando un susto de padre y señor mío al pacífico muchacho.

—¡Salud, Oscar! ¡La más bella aventura me trae aquí por Dios sabe cuánto tiempo! ¡Estoy enamorado!

—¡Catastrófico, compañero! Me lo figuraba.

—Dame tu ropa.

—¿Qué ¡Protesto!

—Necesito volver a ver a esa mujer esta noche, sin falta. Sé que va a la fiesta del Casino y no tengo frac, pero teniéndolo tú... En cuanto a la invitación, ya me las compondré lo mejor que sepa.

—¡Mi frac es mío!

—¡Quita, hombre! Cuando dos se quieren bien, con uno que se divierta basta... y ese será yo.

Y quieras que no, Oscar fué despojado por Gino de su traje de ceremonia y obligado a meterse en cama.

En el Casino, Aristides decía a Fiametta, que accedía, por amor, a ser su esclava:

—Estoy dispuesto a arruinar a Dorna. Tú observa bien, y, en caso de peligro, me avi-

sas... Cuando tenga en mi poder su fortuna y su voluntad no podrá negarme la mano de Liana, que es riquísima, como toda su familia, y negocio redondo.

—¡Oh! ¿Cómo te atreves a nombrarme a otra mujer?

—No tengas celos, que ya sabes que yo a quien quiero es a ti y que todo lo hago por tu bien. Cuando yo sea rico, tú no trabajarás más y seremos muy felices.

Gino, muy compuesto y con el corazón hinchado de emoción, se presentó en el Casino, pero le fué negada la entrada por no tener invitación para la fiesta. Sin embargo, podría entrar si le presentaban dos socios.

Sin vacilar, el bailarín entregó al conserje una tarjeta y le encargó fuese a dársela a Liana, confiando en que ésta, al acordarse de él, le haría franquear el paso por su tío.

Pero Liana, refractaria a la dominación, rompió la tarjeta y no le cupo a Gino más remedio que saltar por la terraza de los salones en fiesta para penetrar en ésta sin invitación, dejando sobre la balaustrada su capa y su sombrero, para dar la sensación de que regresaba de un paseo a la luz de la luna...

Liana estaba hablando con un títere que adelgazaba a ojos vistas a su lado.

Ella se puso un cigarrillo en la boca y le pidió lumbre a aquel invitado.

—Olvidé la caja en mi abrigo. Vuelvo en seguida — dijole el admirador.

Gino, aprovechando la ausencia de éste, se aproximó a Liana con una cerilla encendida y, llenándola de asombro, murmuró:

—Así ardo yo de amor por usted.

—¡Oh! ¡Qué osadía! ¿Por qué me importuna de ese modo, cuando yo no quiero saber nada de usted?

—¡No me huya ni me condene sin oírme! ¡La quiero... la quiero para casarme con usted! Si usted me conociera bien, me creería. Ninguna mujer me ha hecho sentir lo que sus ojos apenas se cruzaron con los míos.

Muy digna, Liana se levantó y dejó plantado a Gino, yendo a la sala de juego, donde su tío perdía hasta la camisa con Aristides, que hacía trampa.

Gino fué también a ver jugar a don Alberto, y llegó a tiempo de comprobar la desgracia de éste, pues en la última jugada que hizo perdió lo único que le quedaba ya: su casa tal como estaba.

Pero al propio tiempo que la *guigne* de don Alberto comprobó Gino las trampas de Aristides, y resolvió desenmascararle, pero Fiametta, obrando rápidamente, apagó las lu-

ces, como por casualidad, y esto avisó al estafador que debía hacer desaparecer el cuerpo del delito.

Gino fué vencido, pues, por la astucia de una mujer, pero se prometió desquitarse, recordando el adagio: "Quien roba a un ladrón ha cien años de perdón".

Aristides debía tomar posesión de la casa de don Alberto al día siguiente, conforme a las leyes del juego, y aquella noche, Gino se reunió con sus amigos del club de los deportistas, entre los que gozaba de merecida popularidad por su maestría en todos los deportes, y dió al traste con el aburrimiento que todos ellos experimentaban faltándole él, proponiéndoles una movida aventura.

—¡Abajo la tristeza, amigos míos! Os contrato, gratis, a todos como mozos de mudanza.

—¿Qué es eso? — preguntaron ellos.

—Se trata de desbaratar los planes de un bandido contra una familia amiga mía y uno de cuyos miembros es una mujer como no habéis visto otra en vuestra vida. ¿Aceptáis ayudarme?

—¡Sí! — contestaron todos a una.

Y, tal como iban, es decir, vestidos de etiqueta, los fieles amigos del bailarín se transformaron en desahuciadores, penetrando, por grupos de cuatro y como movidos por secre-

tos resortes, en la casa, después de haber abierto la puerta el propio Gino.

Los moradores dormían pesadamente, por haber retirado tarde, y como por otra parte



—Se trata de desbaratar los planes de un bandido.

los "mozos de mudanza" cuidaron de operar con sigilo, la casa quedó vacía en pocos minutos, pues mientras un equipo sacaba los muebles, otro equipo los cargaba en los camiones que aguardaban en la calle.

¡Y júzguese de la sorpresa de don Alberto, Angelita y Liana al encontrarse, al despertar, tan sólo con sus ropas y unas toallas y jabón para lavarse!

—¿Qué significa esto? — preguntábase don Alberto.

—¡Es cosa de duendes! — dijo, asustada, la “anémica” Angelita.

En medio de su desconcierto llegó Aristides, que tenía mucho interés en posesionarse de lo suyo.

Don Alberto le refirió lo ocurrido, y Aristides se permitió suponer que aquello había sido ejecutado en complicidad con él, para eludir el compromiso.

—¡Caballero!... ¡No tiene usted derecho a dudar de mi honor! — exclamó, herido, don Alberto.

Liana volvió junto a sus parientes y Aristides con una carta en las manos, y dijo:

—Acabo de encontrar este papel bajo el teléfono.

—A ver...

Decía así:

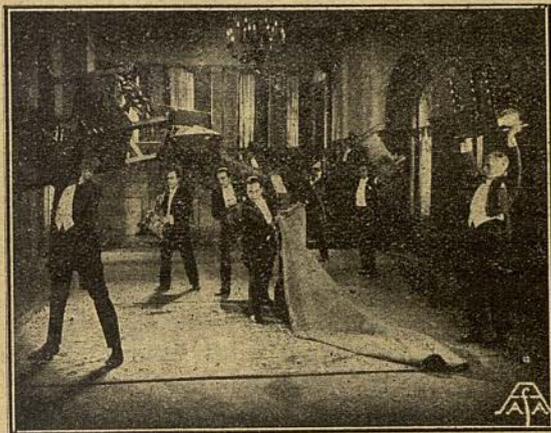
Adorada Liana:

Me he permitido apoderarme, durante la noche, del mobiliario de su tío, que tengo en

mi poder en calidad de depósito. Perdone este despojo.

Suyo siempre

Gino Gadari



...la casa quedó vacía en pocos minutos.

—¿Quién es ese hombre? — rugió Aristides.

—El individuo aquel de la estación.

—¡Maldito! Avisaremos a la policía y ya veremos quién se reirá el último.

En efecto, se dió parte a la justicia de la extravagancia de Gino, y numerosos agentes

se pusieron en movimiento para ir con él.

Gino se hallaba tranquilamente desayunándose en el hotel con Oscar, al que dejaba sin comer, pues la aventura de aquella noche le había abierto el apetito de un modo pantagruélico.

Y quiso el azar que don Alberto, Angelita y Liana se hospedasen en el mismo hotel, que era el mejor de la ciudad.

Oscar vió a Liana cuando ésta entraba en el cuarto reservado para ella, situado en el mismo piso y lado del suyo, y le faltó tiempo para comunicar la grata nueva a Gino.

Este, haciendo alarde de valor a toda prueba, la llamó por teléfono y le dijo con su inalterable frescura:

—Habla usted con Gino. ¿Qué, aun no ha salido usted de su sorpresa? Ahora voy a verla y se lo explicaré todo.

Liana enteró a sus parientes y a Aristides de lo que se proponía Gino, y su tío le dijo, yendo a avisar a la policía:

—No le dejes salir bajo ningún pretexto.

Gino acudió al cuarto de Liana y se dispuso a permanecer a su lado todo el tiempo que ella quisiera, pero a los pocos instantes de estar allí vió llegar a gente sospechosa y se puso en salvo, utilizando, a guisa de *to-boggan*, la alfombra del hotel, la cual en aquel

momento estaban oreando desde el tejado hasta la calle, y fué a caer en el imperial de un autómibus, amonestándole el cobrador por *subir en marcha*.

La hazaña del bailarín traía de cabeza a la policía y al público.

Liana iba custodiada por agentes en un *auto* especial, y Aristides la acompañaba en el suyo, tratando, más que protegerla, de enamorarla, por su dinero.

Pero Gino, desfigurando su rostro con unas gafas de turista en automóvil, no dejaba a sol ni a sombra a la amada, y aquel día, al apearse Aristides, frente a la Bolsa, del *auto* de ella, saltó presto del suyo y subió al de Liana, empuñando el volante.

—¡Oh! ¿Usted?... ¡A mí, a mí! — gritó Liana.

—No se asuste, preciosa, que soy incapaz de hacer daño a una mosca — le dijo Gino sonriendo y aumentando la marcha del coche, pues había visto que Aristides, dándose cuenta del rapto, subió al de la policía y los perseguían.

—¿Qué nueva infamia pretende usted cometer conmigo? — preguntóle, medrosa, Liana.

—Ya se lo contaré todo cuando seamos buenos amigos.

A decir verdad, Liana no creía en la supuesta maldad del bailarín y a medida que él iba hablándole se sentía casi gozosa de estar con él.

Al llegar a un paso a nivel, el *auto* redobló la marcha, al comprobar Gino que sus perseguidores le daban alcance, y el tren estuvo a punto de arrollarlo.

Liana se desmayó, y Gino, para no ser cogido por la policía, huyó a campo traviesa, desapareciendo misteriosamente, mientras Aristides, haciéndola recobrarse, decía a la sincopizada:

—Afortunadamente he llegado a tiempo de rescatar a usted de manos de ese bandido.

Pero Liana suspiraba, pensando en el valor del extraño adorador... y ante esa prueba de simpatía hacia su rival, Aristides crispó los puños...

* * *

Fiametta quejóse a Aristides del abandono en que la tenía y de la falta de regalos, y el estafador, para perder a Gino, dijo a su "amiga":

—Si yo pudiera apoderarme de las joyas de Liana y hacer aparecer como autor del robo a ese Gino Gadari...

Se decidió a dar el golpe, penetrando en el cuarto de la hermosa y rica mujer en ausencia de ésta, pero Gino, que había regresado al hotel dentro de un baúl con la dirección de su cuarto y a nombre de Oscar, coincidió en ir, por vía aérea, es decir, por la cornisa de su piso, para dejarle una carta, al dormitorio de Liana, y vió al ladrón; pero no siéndole posible detenerle allí mismo, le persiguió cuando huía con el producto de su rapiña; y le dió alcance, obligándole a restituir las joyas y amenazándole con romperle la cabeza si persistía en ponerse en su camino.

En su poder las joyas, Gino se disponía a avisar de su custodia a Liana, y se enteró,

por Oscar, de que se le creía también autor del robo de las mismas, pues, al parecer, ella había encontrado en sus habitaciones un papel en que se reconocía como tal. Ese



—Si yo pudiera apoderarme de las joyas de Liana...

papel lo había escrito Aristides firmando Gino Gadari.

La guerra quedó declarada entre los dos rivales, y vigilándole estrechamente Gino logró enterarse de una conversación que Arís-

tides sostuvo con Tawil, el capitán del "Tiburón". ¡Quería raptar a Liana!

Gino reunió de nuevo a sus amigos y los citó en Miramar para impedir el golpe, pero a pesar de sus deseos Liana fué conducida al barco, arriesgándose a ello el tratante en esclavas blancas bajo promesa de que Aristides renunciaba a Fiametta a favor suyo.

—¡Rapto por rapto! — dijo Gino a sus amigos—. Nos apoderaremos de la bailarina y ella hablará revelándonos dónde está ese barco.

El rapto de la bailarina se realizó en las mismas narices de Aristides y Tawil, pero Gino fué detenido por la policía poco después, y supo de la humedad de un sombrío calabozo.

Pero su encierro duró unas horas tan sólo, ya que sus amigos, capitaneados por Oscar, que se sacudió ante el peligro su pacifismo, lograron burlar a los celadores, dando la libertad al simpático bailarín, quien, huyendo de otros policías, fué a esconderse en el estudio de las bailarinas del Casino, las cuales se prestaron a ocultarle hasta que volviese la tranquilidad.

La policía se dió a engaño y Gino pudo reunirse tranquilamente con sus amigos en el club.

Fiametta se resistía a hablar, pero, por fin, lo hizo, y todos fueron al muelle botando una lancha de carga.

Aristides, en vista de que por las buenas



...Aristides, loco de deseo.

Liana no accedía a sus requerimientos amorosos, se desenmascaró y exigióle, para devolverle la libertad, la entrega de un cheque por una fuerte suma, el cual fué a cobrar Tawil, que no se fiaba de nadie, pero a quien Gino, descubriéndole, apresó en una red de

pesca y le dejó colgado de una peña hasta que hubiese rescatado a Liana.

Poco después, y mientras Aristides, loco de deseo, intentaba atropellar a Liana, el bailarín saltó al barco, y la libertó, siendo arrojados al agua todos los tripulantes, que fueron recogidos por los amigos de Gino que quedaron con tal misión en el agua.

Y cuando el sol declinaba, Oscar, que se encargó de reunir en el muelle al jefe superior de policía y a don Alberto y Angelita, dijo a éstos:

—¡Ya está! Ya llegan. Véanlos ustedes.

En efecto, la lancha estaba a la vista, seguida de todos los tripulantes del "Tiburón", maniatados a un palo como galeotes castigados.

Y huelgan comentarios. Gino no necesitó explicarse mucho, y, reconocida y enamorada, Liana le entregó su corazón.

¡Se lo había ganado!

FIN

8.19.26/8

GRAN ÉXITO en las selectas
EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

de la extraordinaria producción,
premiada en el Concurso de La Haya,

La Princesa Mártir

por

Lucienne Legrand

Es una maravilla del afamado
REPERTORIO DULCINEA
M. DE MIGUEL

52 ilustraciones fotográficas

Artística portada

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Barbará, 16 - BARCELONA

Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID